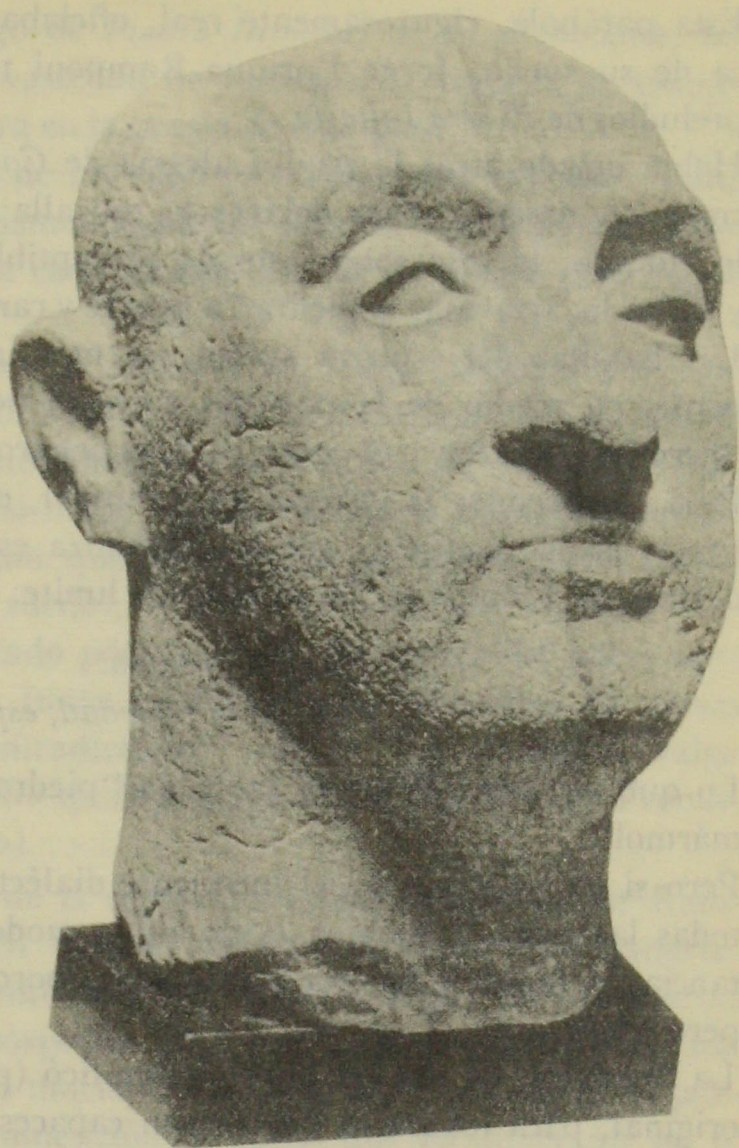


JORGE ENRIQUE
RAMPONI:
LA POESIA
O EL
INTENTO DE
LO INFINITO



por LUIS DE PAOLA

Cabeza del poeta Jorge Enrique Ramponi ejecutada en piedra avellana por el escultor chileno Lorenzo Dominguez, fallecido hace algún tiempo en Argentina

I

Un hombre tuvo un sueño revelador: soñó que copiaba, sobre una especie de atril, el círculo de los astros; soñó que dibujaba un mundo cósmico hasta entonces irrelvelado.

Debajo, “en los despeñaderos macilentos donde tiniebla y luz permutan sus colores”, pasaban, sin verlo, hombres enfundados en armaduras. En eso se acercó al hombre (que sin saberlo se soñaba a sí mismo) un grupo de niños. Miraban los astros, asimilaban los signos del escriba cósmico; copiaban, también, el panorama celeste.

El hombre despertó. No le fue difícil interpretar su sueño. “Serán los jóvenes —pensó— los que entenderán mi obra”.

Esta parábola, rigurosamente real, oficiaba también como revelación. Por la época de su sueño, Jorge Enrique Ramponi tenía veintiocho años y andaba por los preludios de *Piedra Infinita*.

Había dejado atrás la pánica alegría de *Colores del Júbilo*, su libro inicial. Ahora, como un desafío, tenía delante la muralla de mármol de la cordillera. Ahora él, lo efímero, lo solo compuesto de corruptible arcilla, debía penetrar lo intemporal y vencerlo, atravesar la piedra "a sangre y canto".

Las batallas del espíritu suelen ser más intrincadas que las de las armas. Si el héroe, en medio de la pólvora, corre el peligro de la mutilación y la muerte, el "héroe del corazón", el poeta, corre el peligro de la locura.

Para comprender la victoria de Ramponi, es necesario haber sentido la gravitación brutal de la montaña, que en Mendoza es asfixiante y agresiva. Lo que se tiene delante es lo compacto, lo sombrío sin límite:

*Piedra es piedra:
aleación de soledad, espacio y tiempo...*

Lo que se tiene delante es la cruda "piedra llena de piedra", el "mármol lleno de mármol".

Pero si (como decía aquel incipiente dialéctico griego) "el hombre es la medida de todas las cosas", también es de algún modo la medida del infinito. En última instancia, el hombre derrota a la piedra, porque la música de las palabras es menos perecedera.

La aparición de *Piedra Infinita* significó (para los pocos que conocieron la edición original, para los pocos que fueron capaces de advertir su grandeza) lo que Víctor Hugo llamaría "un estremecimiento nuevo".

En medio de la retórica anquilosada de la poesía argentina de entonces, con la inevitable (y en muchos casos funesta) influencia de Lugones, Herrera y Reissig y, especialmente, Rubén Darío, *Piedra Infinita* cayó como una catarata de belleza virgen, eminentemente americana, que nuestro brazo europeo en América —Buenos Aires— no ha reconocido, hasta hoy, en la medida justa.

Pocos fueron los intelectuales que advirtieron que Ramponi no era "un poeta más", sino el hacedor de grandiosas fiestas verbales, el revelador y revelado de fuegos que caían del cielo.

No puedo omitir aquí la lucidez de Eduardo Mallea, Ernesto Sábato, Bernardo Canal Feijoo, Luis Emilio Soto, entre los argentinos que recuerdo. Ni, en América, el reconocimiento de Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda, Jules Supervielle, Pablo de Rokha. Fue Jules Supervielle quien, en carta enviada desde París, decía: "Desde el mito de Sísifo, desde Prometeo, la piedra no había vuelto a cobrar, en literatura, tan profunda dimensión metafísica".

Luego, todos sacamos calladamente algo de *Piedra Infinita*, de *El Denodado*; todos nos asombramos alguna vez de la vastedad de recursos, la riqueza de imágenes, la fuerza taurina que asume la palabra en la poesía de Ramponi.

Aquí en Chile, conversando con poetas de mi edad (o escasamente mayores, como Barquero y Teillier) he observado lo mismo. También aquí Ramponi es una especie de célebre anónimo, también es para cada uno lo que *El Aduanero* para Apollinaire.

En mi país, que yo sepa, exceptuando un artículo de Hugo Acevedo ("Poesía argentina y otras yerbas") publicado por 1960 en *Gaceta Literaria*, y otro escasamente posterior de Abelardo Castillo que apareció en *El Grillo de Papel*, titulado "Grupos de vanguardia o viceversa", casi nadie ha mencionado a Ramponi como a uno de los pocos fundamentos reales con que hoy cuenta la desvencijada poesía argentina. (Ellos son, quizá, los niños del sueño).

En un ensayo sobre José Pedroni publicado poco antes de la muerte del poeta santafesino, sólo mencioné *Piedra Infinita* junto a otros pocos volúmenes de versos memorables luego de la muerte del contradictorio Lugones. (Lo publiqué, valga el dato para naturalistas, cuando *El Grillo de Papel*, gracias a la policía de Frondizi, metamorfoseó en *El Escarabajo de Oro*).

No es de asombrarse, si se es objetivo, de la escasa resonancia obtenida por Ramponi. En Argentina (y sospecho que en todo el mundo) la fama suele ganarse, muchas veces, por razones ajenas al talento. Lo que alguien llamó "los mingitorios de la literatura", en Buenos Aires (y sospecho que en toda gran ciudad) son tan abundantes como los retretes. Ramponi, mucho más ocupado en ser un gran poeta que un poeta famoso, rechazó la competición de lobos que es intervenir en la politiquería literaria.

Buenos Aires, "La Cabeza de Goliath" analizada por Martínez Estrada, es en última instancia la que dictamina el renombre de los escritores argentinos. Los poetas del interior (salvo honrosas excepciones como José Pedroni, Juan L. Ortiz, Manuel J. Castilla y Jaime Dávalos) difícilmente pueden imponer su obra permaneciendo en provincias.

Ramponi prefirió su Mendoza natal; es decir: asumió la soledad. Prefirió, en el sentido sartreano de la opción, el silencioso trabajo en retiro a la vanagloria de las grandes ciudades que, con sus neurosis, acaban matando a tanto poeta. Así es que rechazó invitaciones para radicarse en Buenos Aires y en España.

Así es que quedó detrás de poetas de tercera categoría en el conocimiento del público. No obstante, como certeramente le señaló Eduardo Mallea (que en un principio lo urgía a que se fuera a Buenos Aires), Ramponi quizá hubiera perdido —como todo poeta que necesita vivir en armonía con el cosmos— de irse de Mendoza, lo visceral de su obra: la fuerza de la naturaleza.

Lo germinal, lo salvaje, lo fértil del hondón terrestre, está presente en la poesía de Ramponi como creo que en la de ningún otro poeta contemporáneo de nuestro idioma. Cada estrofa, cada ritmo se sostiene a sí mismo con la solidez que el elefante sostiene una torre sobre el lomo en el ajedrez de trabajos chinos.

Alguna vez, por la fiebre de iluminación que evidencian sus cantos, creí advertir un remoto parentesco con Hölderlin, en el sentido en que es también una constante suya bajar las llamas del cielo y entregar a los hombres “envuelto en cantos, el don celeste”. Ahora, sin embargo, advierto una diferencia fundamental: mientras que el comercio de Hölderlin con lo cósmico estaba decantado (y condicionado) por una cultura de siglos, la aventura celeste de Ramponi es virgen, americana, con un asombro whitmaniano ante el mundo (si bien que amamantada por la cultura europea, que en mi país adquiere metamorfosis insospechadas, como la obra de un Borges o un Martínez Estrada).

Quizá parezca pretencioso (o retrógrado) en momentos en que la humanidad principia sus acrobacias estelares, en momentos en que los astronautas llenan sus manos con arena de la luna, afirmar que Ramponi ha regresado no sólo a lo original de la tierra, sino a lo original de la poesía, cuyos oficiantes eran intermediarios entre la curva de los cielos y la asombrada tribu humana. Quizá parezca ridículo, incluso, luego de la incorporación a la gran poesía de elementos cotidianos, luego de la explosión de Baudelaire, de Apollinaire.

A riesgo de todo, voy a decir aquí que la poesía de Ramponi tiene, para mí, mucho de la pureza hermosamente brutal que caía en el desierto, sobre la cabeza de los profetas, como el maná; mucho de la pureza de aquel pastor de la Beocia a quien la tradición llamó Hesíodo, quien “al pie del divino Helicón”, copiaba los cantos que le dictaban al oído las hijas de Zeus. Y que todo esto, es una de las señales fundamentales de su grandeza.

En este sentido, pienso que Ramponi de algún modo rescata la jerarquía *original* de la poesía, que no era, como se sabe, una pieza literaria sino un canto religioso.

En esta Jericó de la cultura, ya no puede extrañarnos que la obra de uno de nuestros auténticos poetas permanezca postergada.

No obstante, con fanatismo de místico o de poseso, el escritor mendocino, a los cincuenta y nueve años de edad, sigue trabajando calladamente. Esa fe ciega en lo que se hace, ese entusiasmo que depara la alegría de crear, de ordenar el caos con palabras, de ser —como todo poeta de veras— “un pequeño dios”, según la feliz definición de Huidobro, es lo que nuestros “vanguardistas” no pueden concebir. Estoy seguro que en Buenos Aires, en los cafés de la calle Corrientes, se considera un iluminado más a Discépolo que a Blake.

Son los menos (siempre lo han sido) los capaces de discriminar entre aquel que va del verso a la poesía, del que va de la poesía directamente al pormenor del verso.

Con cultura, con inteligencia, se puede armar un bello poema como "El Tango", como "El General Quiroga va en Coche al Muere"; pero estoy seguro de que no ya con la cultura y la inteligencia de un Borges, sino ni con la cultura y la inteligencia de Thomas Mann, se puede componer *Piedra Infinita*, porque quien lo ha hecho es un ser atravesado de cantos, que no necesita ponerle música a las cosas porque todas las cosas le cantan a él, porque en definitiva es un médium entre la naturaleza del todo y la naturaleza de los hombres.

II

Creo que la repetición de ciertas palabras en la obra de algunos escritores son, parejamente, si no una constante temática, una obsesión profunda. Así como en Poe se repite la palabra "muerte", "desolación", "terror", así como en Borges se repite la palabra "conjeturar", así como en Dostoiewski se repite "idiota", en la poesía de Ramponi es raro que falte la palabra "infinito".

"Yo les digo a los jóvenes —me decía Ramponi— apunten a la luna: no se detengan en nimiedades. Es cierto que el disparo no llegará, pero es seguro que la órbita será verdaderamente grande". Cito estas palabras porque creo que definen su arte poética. Su hambre de infinito.

Es lamentable que no se haya publicado aún su último libro: *Los Límites y el Caos*. Es lamentable, digo, porque me impide dialogar con el lector en igualdad de condiciones, porque me obliga a dar una imagen que puede no ilustrar, en una página, lo que el autor dice en trescientas.

En ese volumen, Ramponi describe un viaje realmente dantesco: comienza con lo borroso, lo impreciso, se desbarranca en lo caótico y hacia el final, en la elevación, su canto tiene la serenidad de una cantata de Bach.

Ese libro, que próximamente conocerán los lectores de Buenos Aires, describe una órbita (caos-descenso-ascenso) que en cierto modo renueva la actitud poética de Ramponi, puesto que antes —como en el caso de la piedra— afrontaba un tema hasta agotarlo, pero en forma directa.

Es elogiable, en medio de tanto "gran poeta de un solo libro" como —para dar nombres— Mastronardi o Nalé Roxlo, la vitalidad creadora que en vez de abandonarlo le impone "un código fénix", según dice en uno de los cantos de *Los Límites y el Caos*.

Para dar una imagen totalizadora, diré que cada uno de los poemas que componen el libro está en función del resto; son parte imprescindible.

El canto que va a continuación, "Hereditad del Hueso", pertenece a *Los Límites y el Caos*.